

...ano de las Yslas Maluinas situadas en la latitud de 53 grados, 28 min. Sur, y
 (longitud) arreglado á los últimos Reconocimientos hechos en ellas por Mar, y
 en el año de 1763.

- Explicacion.**
- A. Puerto de la Soledad.
 - B. Bahía de la Anunciacion.
 - C. Ysla Quemada.
 - D. Bahía Beaumont.
 - E. Ysla de la Costanera.
 - F. Bahía de Bougainville.
 - G. Ysla Pelada.
 - H. Encenada del Borracho.

- I. Buen Puerto.
- K. Bahía del Oeste, ó de Neville.
- L. Bahía de la Boca.
- M. Montaña de S^{ta} Simon.
- N. Bahía de S^{to} Carlos.
- O. Bahía Chica.
- P. Bahía de Diamantes, ó Escandall.
- Q. Entrada 1^a de la Bahía de la Cueva.
- R. Encenada de Plata.



AIBR
 Revista de Antropología
 Iberoamericana
 www.aibr.org
 Volumen 21
 Número 2
 Mayo - Agosto 2026
 Pp. 193 - 214

Madrid: Antropólogos
 Iberoamericanos en Red.
 ISSN: 1695-9752
 E-ISSN: 1578-9705

¿Cómo se escribe una guerra?: Etnografía del reposicionamiento etnográfico

Rosana Guber
 CIS-IDES/CONICET
 guber.rosana@gmail.com

Recibido: 23.01.2026
 Aceptado: 14.03.2026
 DOI: 10.11156/aibr.210202



RESUMEN

En este artículo presento algunas decisiones teóricas y metodológicas adoptadas por un equipo interdisciplinario, con la finalidad de reconstruir uno de los eventos finales de la guerra de Malvinas (*Falklands War* para los británicos), el combate de Monte Longdon (11-12 de junio, 1982). Estas decisiones nos hablan de la imperiosa necesidad de volver a la antropología del estudio de las relaciones sociales y, también, de reconocernos a los investigadores como artífices de una contigüidad entre el campo y la teoría, y entre los investigadores y los protagonistas directos de los eventos bajo análisis. Llamo a esas decisiones «diversificar», «des-fragmentar», «argentinar» y finalmente «integrar».

PALABRAS CLAVE

Malvinas/Falklands, guerra, escritura etnográfica, interdisciplina antropológica.

HOW IS A WAR WRITTEN?: AN ETHNOGRAPHY OF ETHNOGRAPHIC REPOSITIONING

ABSTRACT

Here I present some theoretical and methodological decisions adopted by an interdisciplinary team to reconstruct one of the final events of the Malvinas War (Falklands War for the British), the Battle of Mount Longdon (June 11-12, 1982). These decisions highlight the urgent need to return to the anthropology of social relations and to acknowledge ourselves, as researchers, as architects of a connection between fieldwork and theory, and between researchers and the war veterans of the events under study. I call such decisions “diversifying,” “de-fragmenting,” “Argentinizing,” and finally, “integrating” the empirical and theoretical stuff.

KEY WORDS

Malvinas/Falklands, war, ethnographic writing, interdisciplinary anthropology.

A 90 años de aquella,
 A 44 años de esta.
 A todos sus caídos.

Ni los drones ni los misiles nos piden permiso. Solo llegan a nuestras puertas y estallan bajo nuestros pies. Sin embargo, y pese a que uno de los padres de la antropología moderna, Bronislaw Malinowski, escribió sobre ella (1941), y a que el Río Sepik de Nueva Guinea, la selva amazónica y la Mesoamérica precolombina fueron particularmente estudiados por sus pueblos guerreros, la cuestión bélica sigue siendo uno de los mayores tabúes de nuestra disciplina¹. Quizás la renuencia obedezca a las dificultades de investigar estos escenarios de manera presencial y en la microescala del campo (de combate). Pero parece más probable que lo que nos desaliente sea una barrera de orden moral, ya que las guerras y quienes las hacen nos plantean dilemas humanos y humanitarios de difícil solución.

A sus ingentes cantidades de muertos de todas las edades y condiciones se suman los sobrevivientes que permanecen heridos para siempre. No es extraño que ni ellos ni los deudos admitan fácilmente las verdades de los estudiosos y las apreciaciones críticas a sus esfuerzos y a sus pérdidas. Como compatriotas nos demandan posicionamientos claros y manifiestos «del lado correcto de la historia», el de las «causas justas», las Patrias por las que los suyos han muerto o por las que han perdido un brazo, el sueño, la inocencia. Quienes hacemos investigación pertenecemos a la gran sociedad humana y, también, a Estados que alguna vez fueron beligerantes. Por consiguiente, las demandas de los veteranos de nuestras guerras también nos atraviesan: condicionan nuestro pensamiento, nuestras preguntas y nuestros textos.

A las humanidades y las ciencias sociales nos correspondería revelar el sentido de tanto sufrimiento. Este cometido típicamente antropológico desde el giro posmoderno de los 90 empezó a prevalecer cuando nos inclinamos al universo de las significaciones desde los enfoques cognitivos e ideacionales, el estudio de la memoria, las subjetividades y las representaciones, todo esto mediante «entrevistas en profundidad» y la asistencia a ceremonias interpretadas en clave discursiva.

1. Uno de los más completos panoramas cerrando el siglo XX pertenece a Anna Simons (1999). Algunos manuales y compilaciones también cuentan cómo trabajamos en antropología con militares en contextos de paz y de guerra (Carreiras, Castro y Frederic, 2016). Sin embargo, sigue siendo difícil encontrar simposios sobre contextos bélicos en las reuniones internacionales de la American Anthropological Association y la European Association.

Sin embargo, la antropología social también ofrece el estudio de las relaciones sociales que dan sustento a las significaciones, gracias a las distintas formas de organización social y política que hacen sociedad, Estado y cultura (Quirós, 2018). Un combate no se explica ni se describe por el sentido de tal o cual vivencia para tal o cual individuo, sino mediante la reconstrucción de los procesos sociales que lo generaron y la organización de quienes lo protagonizaron. Decisiones, prácticas, saberes técnicos y ejercicios de poder convergen en una sucesión de tiempos, espacios y lugares. Tal es nuestra materia prima para describir y comprender estos fenómenos masivos, ominosos e imperativos desde sus protagonistas. Así, la antropología social de base etnográfica logra un conocimiento más integrado, válido, sustentado y abierto a la contrastación empírica e interpretativa.

En este artículo quisiera presentar algunas decisiones teóricas y metodológicas que fui tomando al frente de un equipo interdisciplinario de once personas², para reconstruir uno de los eventos finales de la guerra de Malvinas (*Falklands War* para los británicos), el combate de Monte Longdon (11-12 de junio, 1982). Esas decisiones nos hablan de la necesidad de volver al análisis de las relaciones sociales y de reconocernos en tanto investigadores, como artífices de la contigüidad entre el campo y la teoría y entre los investigadores y los protagonistas directos de los eventos en cuestión. Es en estas contigüidades que logramos formular problemas de investigación verdaderamente significativos.

Nuestra labor demandó cuatro años de trabajo intenso, a los que se sumaron todos los conocimientos que cada integrante del equipo traía consigo de investigaciones previas. El resultado se expone en un texto etnográfico a mi cargo, que todo el equipo fue revisando y ayudando a corregir y mejorar, *Monte Longdon: el combate decisivo de la guerra de Malvinas* (Guber, en prensa b). En las páginas que siguen me limitaré a exponer algunas claves de su trastienda que convirtieron a esta investigación en una etnografía de guerra. Primero, presentaré brevemente las características de dicho combate y de su principal escenario. Luego señalaré cómo enfocamos el evento desde una aproximación antropológica, detallando las principales operaciones teórico-metodológicas en las que reen-

2. El Proyecto PICTO Malvinas 00003 2021 se llamó «Los rostros y la savia de la guerra de Malvinas». Algunas de sus condiciones iniciales fueron analizadas etnográficamente en Guber, en prensa a. El equipo estuvo conformado por dos antropólogas sociales, Jazmin Ohanian y yo; un estudioso de la guerra y el mando, y también veterano de esta guerra Héctor Tessey; la historiadora Alejandra Barrutia y un estudioso del Estado, Daniel Chao; y seis arqueólogos del conflicto: Alejandra Raies, Luis Coll, Sebastián Ávila, Juan Bautista Leoni y Diana Tamburini, dirigidos por Carlos Landa.

marcamos aquel combate argentino para su presentación textual y argumental.

1. Objetivo: Monte Longdon

Esta pequeña y alargada elevación de 180 metros de altura circunda por el Noroeste a la capital isleña, Port Stanley para los británicos, Puerto Argentino para los argentinos. En 1982, desde el 15 de abril hasta la noche del 11 de junio, estuvo ocupada por la Compañía B del Regimiento de Infantería Mecanizado 7 del Ejército Argentino. Dicha ocupación comenzó dos semanas después de que fuerzas de la infantería de Marina y del Ejército tomaran el pequeño poblado el 2 de abril y deportaran a funcionarios e integrantes de la guardia de Royal Marines a Montevideo, Uruguay. Desde entonces, las fuerzas argentinas se desplegaron en varios montes de la zona, previendo una respuesta británica que finalmente llegó al archipiélago el 1° de mayo del mismo año, desembarcó el 21, y recuperó la plaza el 14 de junio³.

En este último tramo se inscribe el llamado «combate de Monte Longdon» (*the battle of Mount Longdon*), entre aproximadamente las 20:30 – 21:00 horas de la noche del 11 de junio, tres a cuatro horas después del crepúsculo invernal, y las 8:00 – 9:00 horas del día siguiente, con la primera claridad. Se enfrentaron allí el 3^{er} Batallón de Paracaidistas británicos y la Compañía B del 7^a junto a otros elementos que se les habían agregado: una sección de infantes de marina, otra de ingenieros (especializados en minas), un grupo de infantes del regimiento histórico Patricios y una sección de la vecina Compañía C del 7, dos artilleros, una sección Radar y personal de los servicios de Sanidad (Puesto Socorro

3. Según la argumentación de la República Argentina, una corbeta británica tomó por la fuerza y en nombre de su monarca el poblado Puerto Luis el 3 de enero de 1833. Se trataba de una pequeña colonia ganadera y de caza marítima dependiente de la Capitanía de Buenos Aires. 149 años después, debido a la persistente renuencia de Gran Bretaña a tratar con la Argentina la soberanía pendiente de las islas, y pese a las resoluciones y declaraciones de las Naciones Unidas (1514/60 y 2065/64), la tercera administración del gobierno de facto autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional» (1976-1983) decidió ocuparlas mediante una acción armada, deportar a sus autoridades civiles y militares, y poblarlas de personal militar perteneciente, en su mayoría, al Ejército y la Armada.

4. En Gran Bretaña, la gran unidad de batalla terrestre es la Brigada, que contiene Regimientos que, a su vez, se dividen en Batallones. Los 3 Para(chutes) que atacaron Longdon eran un batallón del Regimiento de Paracaidistas. En la Argentina, la gran unidad de combate terrestre es la Brigada, que se subdivide en tres Regimientos de infantería, los que a su vez se subdividen en tres Compañías (más la compañía de Servicios). Cada Compañía se subdivide en tres Secciones (más una de apoyo, con armas pesadas). Las Secciones se dividen en tres Grupos de tiradores (más otro grupo de apoyo).

Primario) e Intendencia (Grupo Rancho). Faltando pocos días para el invierno oceánico subantártico, y después de dos meses de convivencia de los cuadros y la tropa en esa intrincada topografía de roca y turba barridas por la lluvia y vientos helados de 100 km/h, las acciones armadas culminaron con 30 muertos argentinos y 23 británicos, y numerosos heridos.

La caída del Longdon aseguró la toma británica de Puerto Argentino solo dos días después. La literatura especializada considera a este combate como una instancia crucial de toda la campaña y una de las más cruentas de la guerra terrestre del conflicto del Atlántico Sur⁵. Tanto que fue incluido en videos, películas y series, por ejemplo, *El Eternauta* (K&S, 2025).

2. Diversificar: reconocer la organización política y social de una unidad táctica

Esta brevísima descripción muestra que, al momento de ser atacado, el monte tenía mucha gente con distintas edades, grados de autoridad y responsabilidad, saberes, roles y pertenencias institucionales. Conocer cómo se integraban es un paso imprescindible para describir y comprender adecuadamente la guerra, porque cada individuo existe en función de unidades mayores que ostentan formas de trabajo específicas, elementos identificatorios, historias compartidas, implementos, términos y jergas. Por eso, algunos autores hablan de «culturas institucionales», depositando la fuerza explicativa de los hechos sociales en factores simbólicos e identitarios. Por nuestra parte preferimos analizar estructuras y prácticas definidas por la fuerza, el arma, la pieza, la posición, el rango y la antigüedad en las dinámicas de paz y de guerra⁶.

En Longdon había poco más de 300 personas en la noche del combate. Sin embargo, no todas estaban capacitadas para hacer lo mismo, ni debían hacer las mismas cosas. Los legos solemos asumir que en un combate todos son tiradores. Efectivamente, quienes se desempeñaban como infantes debían accionar fusiles, pero también armamento de mayor poder de fuego. Es que, a mayor alcance y frecuencia, más «sirvientes» (personal) necesitaba la pieza. Cada arma ocupaba una localización específica en el

5. Sin dudas, el hundimiento del Crucero ARA General Belgrano el 2 de mayo de 1982 es considerado el más luctuoso, ya que terminó con la vida de 323 argentinos, la mitad de los muertos de esta nacionalidad en la contienda (649, contra 255 británicos).

6. En «¿Espíritu de buque o cultura naval? Igualdad y jerarquía en el mar militar» (Guber, Ohanian, Barrutia, Flórez, García Sotomayor y Tessey, 2025) presentamos una discusión al respecto. Ver también Keegan, 1976 y 1982.

monte, la cual debía corresponder al tipo de tiro y a la función de cada arma en el combate. Por ejemplo, un cañón no se emplea para encuentros cercanos. El poder del arma se correlaciona con la dependencia institucional: a mayor poder de fuego, mayor rango detenta su jefatura. El cabo está a cargo del Grupo de tiradores de la Sección, el subteniente o teniente el Grupo de Apoyo de la Sección; y los Tenientes 1^{ros} de la Compañía o del Regimiento el Grupo Apoyo de la Compañía o la Sección de Morteros Pesados del Regimiento. Este recuento conlleva niveles sucesivos de integración que se abarcan entre sí. El Regimiento subsume a la Compañía, la Compañía a la Sección, y la Sección al Grupo. Reconocerlos es imprescindible para comprender el mundo militar, más aún en operaciones. Para repeler eficazmente un ataque, esta estructura necesitaba coordinarse y ensayarse. Cada hombre debía conocer su función o «rol», su arma, qué hacer con ella y cuándo.

A ello debemos agregar otras presencias, como la más distante de las baterías de cañones (de tiro recto) y de obuses (de tiro curvo) que disparaban sobrepasando las elevaciones desde el valle paralelo a la ladera sur del Longdon. Para dar en el blanco requerían de la presencia de un «observador adelantado» en su altiplanicie para localizar y comunicar técnicamente los blancos enemigos en los piedemontes oeste y norte. Sin estos datos, los obuses disparaban a ciegas.

Estaban además los equipos de sanidad y de logística: arsenales, alimento, indumentaria y transporte. Un médico recibía a los heridos, y los camilleros debían ir en su busca, llevarlos al Puesto Sanitario Primario, sobre Longdon y, eventualmente, bajarlos (a pulso) al Puesto Sanitario Central o derivarlos al Hospital Militar Interfuerzas en Puerto Argentino. Por su parte, los subtenientes encargados de la logística debían abastecer a las posiciones de municiones, alimentos e indumentaria, incluso bajo bombardeo.

Ahora bien. En Malvinas algunas funciones propias del cuartel no eran tan necesarias, así que la mayoría de los motoristas, los contadores y los oficinistas fueron reasignados a puestos de control y de combate, debiendo adaptarse a un escenario de guerra real y con el enemigo en constante aproximación.

Como señalamos, cierto personal del Longdon no pertenecía a la Compañía B y, sin embargo, también estuvo allí el monte el 11 a la noche. Los infantes de marina de la Armada llegaron al comienzo de la estadía con otros implementos y modos de organización, particularmente constructiva y logística. Participó del combate una sección de la Compañía C del mismo Regimiento 7, que conoció el monte recién a la medianoche del 11 de junio. Otros grupos más acotados eran la sección Radar y un grupo

de infantes de Patricios, que llegaron 10 y 2 días antes del enfrentamiento, respectivamente.

Este panorama suscita varias preguntas: ¿Cómo se relacionaban estos elementos? ¿Conocían al jefe del monte? ¿Debían conocerlo? ¿De quién recibían las órdenes? ¿Sabían qué hacer? ¿Sus posiciones tenían buena protección? ¿Quién les proveía de alimentos y línea de comunicación? ¿Quién debía proveérselos? ¿Cómo convivían con la meteorología? Estos y otros interrogantes pueden responderse si se reconstruye la organización política y social de entonces, no recitando el deber ser de los reglamentos.

La diversificación, entonces, complejiza la mirada acerca de esta pequeña sociedad inventada sobre un monte y sus alrededores y, por lo tanto, una realidad muy distinta a la del regimiento y a las unidades de pertenencia de los otros elementos. Su dinámica se fue forjando durante 54 días y empezó antes de la llegada británica a la zona y a la isla Soledad, sede del gobierno isleño y de los altos mandos argentinos que no se aventuraban por aquellos confines.

Esa sociedad debía responder a un factor central que organiza, al menos normativamente, la lógica castrense: el mando que ejerce el superior sobre sus subalternos. Los entendidos hablan de distintos tipos de mando y, también, de distintas formas de ejercerlo. Pero entonces, y en el escenario concreto de la guerra, ¿cómo se ejerce una orden? ¿Acaso es suficiente impartirla para mandar a tantas personas a matar o a morir? ¿La obediencia resulta de una capacidad instintiva, del adiestramiento, de un deber moral con el prójimo o de una decisión racional? ¿Puede organizarse el miedo? Estas y otras cuestiones suelen responderse en función de la reacción instintiva, la pureza de la causa y la psicología individual. Pero la organización social fundada en la logística y la organización política basada en el mando castrense, tienen mucho que decir al respecto, especialmente cuando se analiza el pasaje de las normas a la acción.

3. Des-fragmentar la subjetividad de los rangos para restablecer la objetividad

En la reconstrucción de Malvinas y sus combates predomina la literatura generalista, la que se concentra en la mirada estratégica y en la mirada táctica esquemática. El interés de los autores es obtener «lecciones aprendidas», ya que una guerra no puede ensayarse o experimentarse. La diferencia entre lo real y lo simulado suele radicar, como es obvio, en el nú-

mero de víctimas fatales o la posibilidad cierta de provocarlas⁷. Las reconstrucciones castrenses de una guerra real suelen operar en un nivel que podríamos llamar «macro». ¿Cómo comprender desde allí el plano táctico vivido, con todas las necesidades que se plantean en la dinámica social de una tropa que ha transcurrido, sin relevo, 54 jornadas a la intemperie subantártica? Tal como empezamos a aprender desde hace un siglo, la antropología social distingue entre los códigos y reglamentos, y las prácticas concretas, entre lo que la gente dice que hace (normas), lo que desea que se haga (valores) y lo que hace realmente (prácticas). Esta distinción es muy útil para describir y comprender las guerras y sus mundos militares⁸.

Hay generalistas que se concentran en algún evento o aspecto, sin abandonar la perspectiva macro. Lo hacen describiendo más o menos esquemáticamente un combate en el plano táctico, como el desarrollo de movimientos, avances y retrocesos. Para eso apelan a términos impersonales como si se estuviera hablando el lenguaje de los reglamentos y de la doctrina y, más aún, como si se los estuviera aplicando. Estas narraciones se pretenden objetivas porque adoptan una perspectiva omnisciente y porque presentan las decisiones y los procedimientos como si obedecieran a una racionalidad universal. Estas descripciones se convierten más bien en crónicas de hechos que conducen al desenlace final del combate o la batalla. En el caso de Malvinas, salvo notables excepciones (Cervo, 1985; CAERCAS, 1983 —desclasificado en 2012⁹—), este desenlace no suele quedar tan claro. Los textos argentinos (p.e., Jofre y Aguiar, 1990; Scarpinelli, 2015) evitan criticar lo actuado por la propia fuerza, de manera que acaban suministrando un recorrido fenoménico por los hechos (primero pasó esto, después pasó esto otro, finalmente se produjo el repliegue).

Cuadros (oficiales y suboficiales) y soldados veteranos de la guerra de Malvinas fueron autores de textos escritos y orales sobre sus experiencias. Estos protagonistas suelen limitarse a sus experiencias personales e inmediatas y, en caso de personal con mando, a la sección o al grupo, es

7. Malvinas fue, desde 1982, reconstruida en su dimensión estratégica, táctica y operacional (Aguiar, 1985; Büsser 1987; Ejército Argentino, 1983; entre otros).

8. La pregunta de cómo se estudia toda esta formación en movimiento nació de los historiadores que empezaron a contestar a la literatura generalista sobre el aspecto bélico de la guerra con John Keegan (1976, 1982 y 2021). En la Argentina, ver Alejandro Rabinovich, 2017 y Zubizarreta, Rabinovich y Canciani, 2022.

9. Ver Tessey, 2016 y 2020, y Chao, 2023, para una primera aproximación a su verdadero contenido. El Informe, más conocido como Informe Rattenbach por el apellido del Teniente General que lo presidió, consta por ahora en el sitio web de acceso abierto del Poder Ejecutivo Nacional: <https://www.casarosada.gob.ar>.

decir, a sus subalternos directos. El tono de dichos relatos es el testimonial, y rara vez esos relatos interpelan de manera explícita al relato bélico general. Ambos niveles, el general y el individual, se mantienen separados, pero además se segregan los relatos y los efectos de verdad de los oficiales y los soldados. Veamos.

Los oficiales medios y superiores se han referido de manera general y altamente formalizada a lo que sucedía en sus jurisdicciones, usando el formato de los reportes a la Inteligencia con que debieron reportarse a sus regresos. Algunas de sus narraciones se incluyeron en las obras generales de la fuerza o del arma (ingenieros, infantería, artillería, etc.), y en volúmenes compilados por alguna autoridad del momento con testimonios de oficiales de distintas subunidades y localizaciones (Balza, 1989). Estos testimonios, como sea que se expresen, tampoco se vinculan con el relato general, ni cuestionan sus preceptos rectores; por lo tanto, no ayudan a explicar el devenir bélico del combate y de la derrota, simplemente reseñan los actos.

Los soldados, en cambio, se refieren a sus historias personales con lenguaje llano, sin demasiada jerga, la que fueron perdiendo con el tiempo, ni con justificaciones técnicas, que siempre desconocieron. Sus relatos describen cómo soportaron, en carne propia, los rigores del ambiente y de las tareas asignadas, y se limitan a la escala inmediata de la propia posición y de las posiciones vecinas.

El efecto de verdad con que el lector recibe estas narraciones es muy diferente. Mientras que los oficiales son escuchados como voces autorizadas y objetivas de lo actuado, a los soldados se los comprende como versiones subjetivas de los padecimientos de la guerra y la vida militar. Los oficiales se muestran como profesionales diestros y formados, y los soldados como muchachos que recuerdan con emotividad sus padecimientos, por lo que se los interpreta en clave humanitaria, no estrictamente bélica. Tal contraste es descifrado por los lectores u oyentes en términos de «grados de instrucción formal» (los cuadros), y de moral humanitaria (los soldados). De un lado prevalece la jerga técnica de los iniciados y la posición distante del narrador, con amplios usos del impersonal (se procedió a, se hizo, se desempeñó); del otro, el yo protagonista y afectivo de los conscriptos, que solo excepcionalmente, mediando una intensa labor académica y expresiva, logran transmitir su experiencia como formando parte de un hecho de magnitud bélica¹⁰. El modo «reporte» que todo oficial y suboficial aprende a lo largo de su carrera es más compatible con los libros técnicos de guerra, mientras que la versión del soldado se in-

10. Puede verse aquí a Roberto Herrscher, 2007, conscripto de la Armada asignado a la pequeña goleta Penélope.

cribe en el género biográfico o testimonial. El oficial y el suboficial parecen habilitados a hablar de todo; el soldado puede referirse a su persona y a sus prójimos inmediatos.

Ambos niveles permanecen separados y hacen difícil su relación. El soldado habla de lo que le sucedió a él, mientras que los cuadros hablan de «lo que sucedió allí y bajo su responsabilidad», pero en términos generales y esquemáticos. Esta segregación pone de manifiesto que ambos efectos, el objetivante y el individualizante, son posibles gracias a los modos expresivos de oficiales y soldados que derivan, a su vez, de sus posiciones en la organización social y política militar. Por ende, oficiales y soldados hablan de cosas diferentes, diseñando perfiles de proyección muy distinta.

Un oficial no se refiere a necesidades vitales, aunque las haya experimentado, sino a misiones cumplidas, pues forma o formó parte de una organización militar y espera ser reconocido por su desempeño acorde. Primero, parte de que la función de un oficial es instrumentar los medios para resolver las necesidades de la tropa; las faltas son, por lo tanto, su responsabilidad directa o indirecta. Segundo, si manifiesta las faltas, se lo interpreta como una crítica implícita a la superioridad, lo cual puede poner en riesgo su futuro profesional y su radio de interacción en la vida cotidiana. Tercero, el padecimiento físico en Malvinas no era el mismo para oficiales y soldados; estos debían cumplir las órdenes de sus superiores, los suboficiales, quienes a su vez cumplían las órdenes que impartían los oficiales. Estos contaban con mayores recursos para resguardarse del clima y evitar las carencias, especialmente de alimentos. Sus órdenes a los soldados incluían prioritariamente el acarreo de comida y de elementos de construcción de un lado a otro, o más bien cuesta arriba, para construirle las posiciones a los cuadros, y para asegurarles la continuidad del abastecimiento. Los suboficiales y oficiales podían almacenar víveres en sus posiciones, que hacían custodiar por los propios soldados de su Puesto Comando, previendo un eventual golpe de mano de los soldados, quienes carecían de capacidad de acopio dada su necesidad incesante. Por último, ni suboficiales ni oficiales hacían guardias en las largas noches del otoño malvinense.

En suma, la forma en que se narra lo ocurrido revela posiciones en la estructura militar que se asentó en Longdon, y en su concreción en la organización social y política conforme avanzaban los días. Sin embargo, entre la estructura y la realidad concreta suele haber considerables distancias.

La creencia de que la versión del soldado es una versión subjetiva y solo válida en términos humanitarios, mientras que la versión de los cua-

dros es la objetiva, se asienta sobre un supuesto: que el oficial ostenta una visión más general que el soldado, quien está necesariamente más acotado en perspectiva y en movimientos autorizados. En los hechos, los concriptos dominaban sus espacios inmediatos donde descansaban, hacían guardia y deberían combatir. Como el oficial comandaba a sus subalternos¹¹, se suponía que debía contar con un conocimiento veraz de cuanto ocurría en su jurisdicción en cuanto a las defensas, los recursos y el personal. Ese conocimiento fáctico se vinculaba con la formación teórica y doctrinaria del oficial, que debía permitirle conceptualizar una realidad multifacética en términos reglamentarios y encarar complejos procesos decisorios y organizativos en circunstancias apremiantes. Ahora bien; él, como oficial, se desempeñaba como cualquier individuo en circunstancias concretas a las que debe afrontar y en las que debía resolver en el nivel más micro. Si un oficial no visitaba a su gente, ni ayudaba, no podía o no sabía cómo satisfacer sus necesidades, estaría en problemas como oficial y también como humano. Si un oficial superior a cargo de la estrategia general era mal informado por sus oficiales o, como sucedía a menudo, era impermeable a sus sugerencias, seguramente cometería errores fatales que incidirían en su persona, no solo en las fuerzas propias. Dijimos que los soldados transcurrieron 54 jornadas sin relevo y a la intemperie; los suboficiales y los oficiales de la Compañía B también. Si un soldado se «acovachaba» o fijaba en su posición o se dormía en la guardia era severamente reprendido por desproteger su flanco. Pero si un oficial jefe (tenientes primeros, capitanes) o un oficial superior (coronel y general) quedaba fijo en su posición, las consecuencias eran aún más graves, porque afectaba a un mayor número de personas. Esto era evidente en las necesidades insatisfechas de la tropa y en la ausencia de medidas de prevención (inteligencia, coordinación, práctica), etc. En estos casos, la relación de mando del oficial «acovachado» con sus subalternos se volvía abstracta, distante y, finalmente, ausente, un serio inconveniente al momento de presentar una defensa integrada y eficaz.

La distancia del mando dañaba a la disciplina y a la vida cotidiana. Si no se aceptaban las cadenas de mando, si no se resolvían las necesidades diarias y si no se les conocía la cara a los jefes, la tropa empezaba a tomar sus propias decisiones, se reorganizaba y mudaba sus lealtades priorizando la supervivencia por sobre el combate. En la espera de la que sería la noche final del ataque, los soldados encaraban la solución de sus necesidades por propia cuenta y riesgo, emprendiendo largos

11. Básicamente, el jefe de Sección comanda a 40 subalternos; el jefe de Compañía a cuatro secciones; el jefe de Regimiento a cuatro compañías y el comandante de Brigada a tres regimientos y un Grupo de Artillería.

recorridos en busca de comida y de noticias (que interpretaban a su juicio). A sus regresos podían ser severamente castigados, porque el suboficial a cargo quería ser respetado y no reprendido por no controlar a sus hombres. La cuestión de los castigos disciplinadores a los soldados fue detalladamente descrita por el periodismo y la mayor parte de la academia no militar. En este escenario, sin embargo, es un claro síntoma de la imprevisión, la desorganización y la pretensión de continuar en Malvinas con las prácticas de cuartel del continente (volveré a este punto al finalizar este artículo).

Dijimos que en la formación castrense se asume que la perspectiva de los oficiales es más general, pues ellos son los encargados de mandar a sus subalternos, una tropa diseminada por un área a defender. Si las guerras sirven como lecciones aprendidas de las grandes decisiones estratégicas, es lógico que el historiador militar atienda prioritariamente a la versión de los oficiales superiores, los encargados de diseñar la estrategia y el teatro operacional. Sin embargo, esto no significa que puedan dar cuenta de cuanto sucede en sus jurisdicciones. No es solo que ignoran «qué pasa abajo». En Malvinas, y por su perspectiva sectorial y situacional, estos rangos demorarían en entrar en combate, y permanecerían en la retaguardia planificando, recibiendo e impartiendo órdenes, esperando y escuchando (o no) a quienes debían informarlos. Y cuando todo pasó y la guerra llegó a su fin, no procedieron a la autocrítica, ni a la revisión de sus propias decisiones. Optaron por proteger su buen nombre y/o su próximo ascenso y, de ser posible, ganar una condecoración. En cambio, los soldados que estaban dispuestos en las primeras líneas sabían que estarían obligados a responder, a atacar, a huir, a esconderse y, eventualmente, a entregarse. Tenían poco que proteger más que sus vidas, pues una ínfima minoría quiso seguir la carrera militar. Cuadros y tropa tenían, entonces, perspectivas muy distintas de un mismo escenario y un mismo hecho bélico.

En suma, para comprender la organización social (la logística) y política (relaciones de autoridad y de mando) de una unidad o subunidad militar en operaciones necesitamos poner en relación las experiencias de todos sus protagonistas, tanto las expuestas como vivencias individuales, como las que se expresan en relatos impersonales, para analizarlas como parte de los distintos niveles de una formación en la dinámica bélica. El término «des-fragmentar» (Guber, 2016) nos sirve aquí para proponer que los investigadores necesitamos poner en relación las versiones fragmentadas y considerarlas como parte de una misma organización militar. Así estaremos en condiciones de comprenderlas en tanto que unidad, no como experiencias personales emitidas por hablantes sueltos. Esta desfragmentación conlleva otro movimiento.

4. **Argentinizar el argumento: «si quieres saber cómo te fue en la guerra», pregúntale a los británicos**

Fueron los periodistas, historiadores académicos y militares británicos quienes aportaron las primeras reconstrucciones de Malvinas. Como sabemos, la historiografía de guerra es muy antigua, pero en el siglo XIX Gran Bretaña se convirtió en la gran historiadora del evento bélico. Aprovechando las ventajas de su participación continua, en virtud de su posición imperial global, sus autores produjeron estudios de gran dinamismo descriptivo y analítico, que también incluyeron la revisión y la crítica.

La antropología social británica sucedió a las ocupaciones militares, se valió del funcionariado colonial en todas sus dependencias y contribuyó con el conocimiento de la organización social y política de los pueblos que Gran Bretaña gobernaba o contra los cuales se enfrentaba militarmente. La llamada «guerra primitiva» y la guerra contemporánea hicieron de esa nación la gran experta en el estudio de este producto neta y tristemente humano.

En cuanto a Malvinas, Lawrence Freedman fue su máxima autoridad académica y realizó, casi a los diez años, la primera reconstrucción de todo el conflicto junto a una especialista para la parte argentina, Virginia Gamba. *Signals of War* (Freedman y Gamba, 1990) fue el primer gran libro de esta guerra, abarcando todos sus aspectos (bélico, diplomático y político) y desde un enfoque necesariamente generalista. Los cronistas de guerra que acompañaron a las tropas hasta el frente también escribieron sus historias (p.e., Hastings y Jenkins, 1984), igual que quienes condujeron algunos servicios como la Sanidad (Jolly, 1983). Los jefes y comandantes de sus respectivas unidades hicieron sus reconstrucciones: Sandy Woodward al mando de la Royal Task Force (Woodward y Robinson, 1992), Mike Seear (2014), oficial de operaciones del 7 Batallón de Gurkhas sobre el combate de Monte Tumbledown, y Hew Pike (1985), jefe de los paracaidistas, sobre los ataques a Longdon y a Wireless Ridge.

Esta literatura fue siendo incorporada por los oficiales argentinos para relatar sus propias acciones. Una de sus expresiones más habituales es la máxima de *El arte de la guerra* del general chino Sun Tzu (siglo VI a.C.): «si quieres saber cómo te fue en la guerra, pregúntale a tu enemigo». La literatura británica sobre los combates en Malvinas es detallada con las propias acciones, pero muy cuidadosa cuando se refiere a la actuación argentina. Por distintas razones, prefiere concentrarse en sus procedimientos y en las sorpresas que depara cualquier encuentro armado. Cabe señalar que, pese a su extraordinario dominio historiográfico y a la inicia-

tiva Freedman-Gamba, los británicos no acompañaron el estudio sobre sus fuerzas con investigaciones sobre las actuaciones terrestres argentinas¹². Las reconstrucciones testimoniales y conceptuales de los combates en los que los británicos salieron victoriosos hablan de su propia actuación, mientras construyen por inferencia el desempeño argentino¹³. Así, cuando se les requieren sus testimonios, los oficiales argentinos dan cuenta de su actuación espejando sus movimientos en los relatos británicos, apoyándose más en estas fuentes que en la información de su unidad o subunidad.

Agreguemos a esto que los paracaidistas británicos conocieron el monte Longdon por observación a distancia solo unos diez días antes del ataque. La compañía de los «3Para» que ascendió por sus laderas oeste y norte caminó la elevación la misma noche del 11. Los argentinos, en cambio, estuvieron allí desde mediados de abril, de manera que, salvo la 3^{ra} sección del 7 que fue relocalizada dos días antes a otra parte del monte, el resto sabía dónde se encontraba, cuáles eran las vías de escape, dónde ocultarse o dónde protegerse de los ataques y combatir.

La línea historiográfica argentina de los entendidos militares, que se espeja en la británica, domina las reconstrucciones argentinas de los combates. Buena parte de su material proviene de quienes fueron oficiales jefes y oficiales superiores en 1982, quienes a su vez reproducen acríticamente el esquema general de los relatos británicos y muchos de sus lugares comunes. Longdon es un buen ejemplo. Suelen repetir que el combate empezó cuando un cabo inglés de apellido Milne pisó una mina en el piedemonte noroeste. Solo entonces los argentinos habrían sabido de la llegada enemiga e iniciado el combate. Esta interpretación es adoptada no por mera copia sino para disimular la infiltración inglesa y el hecho de que los soldados argentinos venían escuchando hablar en inglés sobre sus propias cabezas un rato antes de la infeliz pisada del paracaidista. De este modo, un territorio que podía ser inaccesible, regado de posiciones de combate y de armas de todo tipo, quedó inundado de tropa enemiga.

Al encuadrarse en el esquema general de la mejor historiografía de guerra que es, en este caso, la del país contendiente y, además, vencedor, la historiografía argentina absorbe la interpretación británica como propia y desecha su propia experiencia, sus propias fuentes y sus propias preguntas;

12. Esta fue nuestra intención inicial para este proyecto (Guber, en prensa a).

13. En su libro sobre toda la campaña, participaron los argentinos María Inés Tato y Luis E. Dalla Fontana junto a dos australianos historiadores de la guerra (Tato, Stanley, Dalla Fontana y McLaughlin, 2023). Al ser un volumen sobre la totalidad de la guerra, no puede detenerse en cada combate y, necesariamente, incluye cierta información ya elaborada por argentinos y también por fuentes británicas.

por ejemplo, en qué condiciones reales se organizó y sostuvo la defensa. Este efecto es más pronunciado si tenemos en cuenta que los autores militares argentinos apenas discuten las versiones británicas, sobre todo si estas les reconocen algún mérito a los combatientes argentinos («los soldados lucharon denodadamente»). Quedan entonces encubiertas las decisiones de los mandos argentinos que hicieron tan porosa a su defensa, el estado del armamento y otras tantas cuestiones que llevaron, finalmente, a la derrota. Será por esto que cuando se les pregunta más o menos directamente, los autores militares argentinos responden que la derrota se debió a la desigualdad tecnológica y al empleo de concriptos. Nuestra investigación no coincide con esta afirmación. Lo que me interesa señalar en este artículo es que Malvinas carece de la parte argentina de su historia.

Argentinizar la perspectiva y el argumento es una necesidad, pero no por un celo chauvinista. Los británicos pueden hacer una excelente historiografía, pero no pueden saber cuáles eran las particularidades de la organización militar de sus contendientes. Aquella estructura militar y su despliegue práctico en la cotidianeidad de la defensa argentina debe ser investigada en proceso y lo más cerca posible de los actores y sus situaciones concretas. De lo contrario, la versión británica se usará para malentender el desempeño argentino e incurrir en distorsiones exotizantes, por ejemplo, atribuyendo esencias racioculturales al «soldado argentino» y a «la raza guaraní»¹⁴ (ver Pollard, 2014 y 2015).

Para profundizar en aquel combate de dos bandos, y ya que el británico parece haber alcanzado la madurez (al menos en sus propios términos), resulta imprescindible hacer un último movimiento.

5. Integrar el sentido: la disposición al combate del Subsector Plata 2

Hasta ahora propusimos varios movimientos: reconocer la diversidad interna del actor militar y la complejidad de su estructura puesta en movimiento a través de sus formas de organización social y política; evitar confundir la distancia retórica de la oficialidad con la objetividad sobre los hechos y reemplazar esa pretendida generalidad con la puesta en relación de los distintos actores en las circunstancias concretas del escenario bélico; reconocer estas circunstancias con sus propias lógicas y condicionamientos, no como reflejos del encuadre espacio-temporal de la historio-

14. Buena parte de la tropa de las unidades de la III Brigada de Infantería eran guaraní-parlantes de las provincias nordestinas de Corrientes y Misiones, área de colonización jesuítica en el siglo XVII y parte del XVIII.

grafía británica, en este caso, la enemiga y vencedora. Recién ahora podemos integrar el hecho bélico, definiendo a la unidad protagónica y su sentido de la acción. En esta investigación llamaremos a ese sentido «la disposición al combate del Subsector Plata 2».

Pese a sus diferencias, las perspectivas generalistas (político-estratégicas) y las reconstrucciones testimoniales de lo vivido coinciden en un punto central: que el encuentro entre la Argentina y Gran Bretaña fue una guerra librada desde veredas opuestas. Así, cuando hablamos de 1982, es obvio que los autores nos referimos a «la guerra de Malvinas» y «al combate de Monte Longdon». Así hablan los veteranos británicos y argentinos de lo que hicieron allí. Sin embargo, esto no necesariamente refleja las disposiciones de entonces. Para empezar a averiguarlo necesitamos saber si «hacer la guerra» significaba lo mismo para ambos bandos y, también, al interior de lado argentino. Dilucidar esta cuestión excede los límites de este artículo, pero podemos hacer algunas puntualizaciones.

Los militares necesitan crear, en sus nociones y prácticas, niveles de integración para establecer quiénes, cómo y con qué cumplirán su misión. Esas integraciones operan en dos dimensiones, una relativa al mando y otra a la información que devendrá en dato estratégico.

En su carrera ascendente, el oficial conduce cada vez a más personas y, simultáneamente, va incorporando recursos, incluido, pero no solamente, el armamento. Con cada nuevo rango, el oficial asciende en la estructura orgánica de la Fuerza y adquiere mayores responsabilidades. Ello implica contemplar un mayor número de factores humanos y escénicos, como la geografía, la topografía, las posibles posiciones, las ventajas y barreras naturales para sí y el enemigo, etc. Finalmente, el oficial aprende a ponderar la relación entre las grandes unidades y entre las fuerzas propias y contendientes, de modo que ya, como oficial superior, domina grandes volúmenes de información para interpretar y administrar al cumplir su misión. Sin embargo, el incremento en la responsabilidad, el rango, la información, no se produce en abstracto, sino en función de lo que cada cual define como su unidad, por ejemplo la Compañía B del 7, el Grupo Radar, etc., en relación con la totalidad de la propia jurisdicción.

En Longdon esa totalidad era el Subsector Plata 2, la jurisdicción militar asignada al monte y compuesta principalmente por una subunidad (Compañía B del Regimiento 7, Ca.B/7), seguida por otras menores y bajo el mando del jefe del Subsector, un oficial con el grado de Mayor (que venía de ser el Segundo Jefe del Regimiento 7)¹⁵. Ese distrito, inexistente

15. El Sector Plata, perteneciente al Regimiento de Infantería Mecanizado 7, abarcaba el Longdon y Wireless Ridge, y se dividía en tres subsectores. Cada unidad de combate fue asignada con un metal diferente.

antes de la guerra, debía constituirse como una unidad de acción y desarrollar, como se dice en la jerga castrense, un espíritu de cuerpo. Esto significa que cada persona en su rol debía integrarse con las demás —superiores, subalternos e iguales— desde su posición y función. Como todos saben, la unidad de combate no es la suma de las individualidades. Así debía suceder con todas las formaciones, especialmente en la infantería, cuyo trabajo es colectivo, más aún en semejante meteorología y en un escenario donde sobrevivir solo era casi imposible.

Este enfoque está en la base de la «reconstrucción de un combate» y su sentido. Una estructura de tal magnitud y tan férrea articulación genera significaciones propias que se actualizan y retroalimentan. División de tareas, esfuerzos y recursos debían sustentar la dinámica socio-militar de 300 personas cuando llegase el enemigo. Es esa dinámica la que nos permite con cierto realismo reconstruir la disposición que esa unidad, en este caso el Subsector, tenía el 11 a la noche. ¿Cómo fue siendo la disposición al combate? ¿A qué estaban dispuestos sus elementos allí apostados? ¿Cuál era la unidad realmente significativa? Responder a estas y otras preguntas no se limita a describir las estructuras y las dinámicas militares de entonces, sino a reconstruir los avatares (¿los imponderables?) de esa unidad a lo largo de 60 días, hasta determinar la disposición al combate del Subsector. En esa disposición, las jefaturas eran determinantes, pero no estaban solas; los demás integrantes, hasta el «más moderno» (de menor jerarquía) también eran relevantes.

Esto que llamo «disposición» se refiere a las perspectivas ideacionales y prácticas de quienes actuaron en Malvinas y, en nuestro caso, en Longdon a lo largo de toda la campaña. Quienes no han sido contemporáneos de 1982, ni hemos pasado por las filas militares, ni hecho la conscripción, ni presenciado una guerra entre fuerzas regulares, debemos hacer un gran esfuerzo de interpretación para ubicarnos allí, en esa época, con esa sociedad y esas fuerzas armadas, dueñas del orden castrense, del Estado y del gobierno. Como la totalidad de los relatos de los veteranos de guerra y excombatientes se obtuvo en la posguerra, acceder a las verdades de Malvinas no dependió tanto de corregir las «distorsiones de la memoria», sino de entender los condicionamientos histórico-políticos de la Argentina que sucedió al régimen de facto.

A sus regresos, y como sucede con las guerras, los militares y los civiles conscriptos ya no eran los mismos. Muchos soldados afirmaban haber perdido la inocencia adolescente y que ya no eran «los chicos de la guerra», como los llamaba afectuosamente la gente, los vecinos, las familias. El escepticismo, la ironía y el cinismo los había ganado. Exsoldados y cuadros descreían por igual de los sistemas normativos que los habían

llevado a las islas y, por lo tanto, de las cláusulas de confidencialidad, los relatos heroicos y la ampulosidad de las ceremonias castrenses. Habían ido a Malvinas por la recuperación patriótica, habían sufrido hasta el desgarrar y, pese a todos los esfuerzos, las habían perdido. El sentido patriótico compartido por civiles y militares durante los 74 días del conflicto se había quebrado, dejándoles a los veteranos de esta guerra experiencias únicas (y demasiado crudas) que los diferencian del resto de los argentinos. Por eso los relatos de los exsoldados desde la primera posguerra transmitían una crítica decepción de la campaña y, enfáticamente, de los superiores y los altos mandos.

Por su parte, los suboficiales y los oficiales veteranos fueron obligados al silencio, para que la vida militar de los cuarteles siguiera su curso (en los términos de «siempre»), y también porque sus camaradas, inducidos por las autoridades castrenses, los consideraban responsables de la derrota. Hacer silencio los ayudaría a proseguir con su carrera militar y a contener las insubordinaciones por enconos nacidos en Malvinas. La experiencia del 82 fue casi desterrada de las actividades formativas, tanto que aún no integra los planes de estudio de los institutos militares. En cambio, circula en las mateadas, las guardias, los pasillos y las esperas, habiendo cobrado una existencia típicamente intersticial, es decir, en los intersticios de las instituciones armadas. Aquí y allá algún sobreviviente (al combate y a la edad) dicta una conferencia a pedido de un jefe de unidad, quien advierte al expositor de formular apreciaciones críticas.

Como es evidente, estos relatos tienen lugar en contextos muy distintos al de 1982. Medieron aquí una transición democrática, un nuevo lugar político y económico de las FF.AA. en el Estado argentino, períodos signados por juicios de lesa humanidad cometidos en la segunda mitad de los 70 y, sobre todo, un profundo descrédito político, social y defensivo del elemento militar argentino. Con todo, veteranos de guerra y excombatientes siguen siendo quienes saben, más que nadie, qué sucedió bélicamente en las islas. Pero hasta ahora, ni académicos civiles ni académicos militares hemos querido escucharlos en sus propios términos.

6. Conclusiones

Enfocadas como temas de estudio, las guerras son hechos sociales, tecnológicos, culturales, económicos y políticos de extraordinaria complejidad, que involucran a distintas estructuras, circunstancias, saberes y capacidades. Pero, además, son acontecimientos dolorosos de desenfundada crueldad, con trascendentes consecuencias para los Estados, las personas y los pueblos. En este artículo traté de conjurar ese dolor con la elaboración de

pautas para un conocimiento válido, fidedigno y respetuoso, siempre anclado en el trabajo de campo etnográfico. No se trata aquí de entrevistar a veteranos de guerra y transcribir sus dichos. Es imprescindible aprender cómo ellos van definiendo los contextos dentro de los cuales esos dichos cobran sentido. Para eso necesitamos conocer la lógica castrense. Concluyendo, entonces, quisiera revisar qué contexto fuimos diseñando desde las ciencias sociales y las humanidades en la Argentina para comprender Malvinas.

La investigación académica no militar entiende que en la justa recuperación del territorio colonial insular argentino participaron muchos de los acusados y condenados por violaciones a los derechos humanos de los 70. Es lo que los militares llaman «guerra contra la subversión» y las organizaciones humanitarias y académicas «terrorismo de Estado». Este y la guerra de Malvinas fueron, efectivamente, los dos legados políticos del autodenominado «Proceso de Reorganización Nacional», más conocido en la Argentina como «la última dictadura militar». La academia de las ciencias sociales y las humanidades los considera como ejercicios de terrorismo de Estado. Para sustentar esta postura ejemplifican con los castigos propinados por suboficiales y oficiales a los soldados como crímenes de lesa humanidad, y los comparan, de hecho, con los interrogatorios a detenidos ilegalmente en centros clandestinos de detención, fuesen o no «subversivos» o «guerrilleros».

Esta lectura es engañosa, entre otras razones, porque lee un evento bélico internacional e interestatal como si fuese un incidente de política interna. En esta línea no hay necesidad de reconocer la organización social y política castrense, las localizaciones en los montes y la fase bélica de la campaña. Por su parte, mientras las organizaciones humanitarias y la academia civil reducen Malvinas a un hecho más del terrorismo de Estado, la academia militar habla de dos guerras, una contra la subversión, la otra contra Gran Bretaña. Por consiguiente, entre ambas posiciones se licúa la verdadera guerra de Malvinas, su dimensión bélica y esencialmente castrense. Malvinas nos va quedando cada vez más lejos, los veteranos se van yendo y las preguntas se reducen de acuerdo con el marco ideológico aceptable.

Para quienes hemos heredado la sangre derramada desde 1936 en España y en 1982 en las islas del Atlántico Sur, los hechos armados nos han dejado interesantes cuestiones que, quizás, algún día podamos empezar a plantear y responder. No será antes de que estemos dispuestos a conmovir nuestras más caras certezas.

Por ahora, mientras los drones y los misiles sacuden nuestras puertas y explotan bajo nuestros pies, seguiremos aquí, con convicciones de hierro y enajenados de nuestra única experiencia de guerra.

Agradecimientos

Agradezco al gran equipo de investigación «Los rostros y la savia de la guerra de Malvinas», y muy especialmente a Héctor Tessey, sin quien este texto hubiera sido imposible.

Referencias

- Aguiar, F. (Coord.) (1985). *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Balza, M.A. (Comp.) (1989). *Malvinas: Relatos de Soldados*. Buenos Aires: Círculo Militar, Biblioteca del Suboficial 154.
- Büsser, C. (1987). *Malvinas, la guerra inconclusa*. Buenos Aires: Ediciones Fernandez Reguera.
- CAERCAS – Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur (1983) [Desclasificado en 2012]. *Informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur (Informe Rattenbach)*. Buenos Aires.
- Carreiras, H., Castro, C., y Frederic, S. (2016). *Researching the Military*. Routledge.
- Cervo, F. (1985). La recuperación militar de las Islas. En F. Aguiar *et al.* (Comp.), *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas* (pp.42-62). Buenos Aires: Círculo Militar.
- Chao, L.D. (2023). La conducción política en el Informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS). *Malvinas en cuestión*, 2 (018). En <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/247971>.
- Ejército Argentino (1983). *Informe Malvinas* (2 vols.). Buenos Aires: Círculo Militar.
- Freedman, L., y Gamba, V. (1990). *Signals of War. The Falklands Conflict of 1982*. London: Faber & Faber
- Guber, R. (2016). *Experiencia de balcón*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Guber, R. (en prensa a). A truly global South, or why anthropology needs the anthropologies of the global South. An ethnography about the asymmetries of research. En C. Guerrón-Montero y D. Podjacet (Eds.), *Why Anthropology needs the Global South*. Routledge.
- Guber, R. (Dir.) (en prensa b). *Monte Longdon. El combate decisivo de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Random House.
- Guber, R., Ohanian, M.J., Barrutia, A., Flórez, H., García Sotomayor, M.C., y Tessey, H.D. (2025). ¿Espíritu de buque o cultura naval? Igualdad y jerarquía en el mar militar. *Revista Universitaria de Historia Militar RUHM*, 14(28), 259-283.
- Hastings, M., y Jenkins, S. (1984). *La batalla por las Malvinas*. Buenos Aires: Emecé.
- Jolly, R. (1983). *The Red and Green Life Machine- A Diary of the Falklands Field Hospital*. London: Century Publishing.
- Herrscher, R. (2007). *Los viajes del Penélope*. Barcelona: Tusquets.

- Jofre, O., y Aguiar, F. (1990). *Malvinas. La defensa de Puerto Argentino*. Buenos Aires: Círculo Militar.
- Keegan, J. (1976). *The face of battle: A study of Agincourt, Waterloo and the Somme*. London: Penguin.
- Keegan, J. (1982). *Battle at Sea*. London: Pimlico.
- Keegan, J. (2021). *La máscara del mando. Un estudio sobre el liderazgo*. Madrid: Turner.
- Malinowski, B. (1941). An anthropological analysis of war. *American Journal of Sociology*, 46, 521-550.
- Pike, H. (1985). With fixed bayonets. *Elite Magazine*, 2(20), 381.
- Pollard, T. (2014). Prólogo. En C. Landa y O. Hernández de Lara (Eds.), *Sobre campos de batalla: Arqueología de conflictos bélicos en América Latina*. Buenos Aires: Aspha.
- Pollard, T. (2015). Islands of no return: Memory, materiality and the Falklands War of 1982. En G. Carr y R. Reeves (Eds.), *Heritage and memory of war: Responses from small islands* (pp.177-194). London: Routledge.
- Quirós, J. (2018). Por una antropología viva. Un llamado a des-intelectualizar el «punto de vista nativo». En R. Guber et.al. (Comps.) *Trabajo de campo en América Latina* (pp.197-218). Buenos Aires: Editorial SB.
- Rabinovich, A. (2017). *Anatomía del pánico. La batalla de Huaqui, o la derrota de la revolución (1811)*. Buenos Aires: Sudamericana-Random House.
- Scarpinelli, J.A. (2015). *Malvinas, la última campaña: historia del Regimiento de Infantería Mecanizado 7 «Cnl Conde»*. Buenos Aires: Argentinidad.
- Seear, M. (2014). *Return to Tumbledown*. Nottingham: CCCP.
- Simons, A. (1999). War: Back to the Future. *Annual Review of Anthropology*, 28, 73-108.
- Tato, M.I., Stanley, P., Dalla Fontana, L.E., y McLaughlin, R. (2023). *Falklands/Malvinas. A War of Two Sides*. Routledge.
- Tessey, H.D. (2016). *El Informe Rattenbach. Su impacto en la currícula de los institutos de formación y perfeccionamiento de civiles y militares para la Defensa Nacional*. Tesis de maestría. Buenos Aires, Universidad de la Defensa Nacional.
- Tessey, H.D. (2020). El Informe Rattenbach: ¿Qué, cómo y para qué? *Revista Defensa Nacional*, 4, 281-314.
- Woodward, S., y Robinson, P. (1992). *Los cien días: Las memorias del comandante de la flota británica durante la Guerra de Malvinas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Zubizarreta, I., Rabinovich, A., y Canciani, L. (Eds.) (2022). *Caseros, la batalla por la organización nacional*. Buenos Aires: Sudamericana.